

costa de negar todo lo que manifestaron en sus primeras declaraciones ante el juez...".

Describe el autor las constantes dificultades que a lo largo de los tres años de investigación sumarial impidieron ampliar la indagación más allá del grupo de las siete personas detenidas y procesadas. La denegación de pruebas por parte del juez instructor, Rafael Gómez Chaparro (que anteriormente había sido juez de Orden Público), originó un tenso contencioso con los abogados de la acusación particular que desde los primeros momentos pidieron que se tomara declaración a los conocidos dirigentes de extrema derecha Raimundo Fernández Cuesta, Blas Piñar, Juan García Carrés, Mariano Sánchez Covisa, y a los inspectores de Policía Antonio González Pacheco y José Luis González Gay. Estas pruebas denegadas por el juez Gómez Chaparro sólo pudieron realizarse año y medio después por decisión de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional. Demasiado tiempo "para borrar pistas, eludir responsabilidades, ocultar complicidades y preparar carcos".

Similares dificultades encontró la acusación particular para la investigación del origen de las pistolas utilizadas en el crimen. Finalmente resultó que procedían de material del Ejército. Gor destaca lo subrayado en su informe por uno de los abogados de la acusación, que "personas infiltradas en algunas instituciones del Ejército obtienen pistolas antiguas y con ellas arman posteriormente a bandas terroristas; lo cual no es responsabilidad de las instituciones, sino de estas personas concretas...".

Esta valiente crónica de Francisco Gor proporciona una visión rigurosa y clara de uno de los episodios más sangrientos de nuestra más reciente historia, protagonizado por componentes de grupos terroristas que siguen salpicando la actualidad con sus "acciones patrióticas". ■ F. S.

La lección de Mailer

■ A propaganda editorial catalogada como "una novela verídica" a *La canción del verdugo*

go (1), extensa lección narrativa escrita por Norman Mailer sobre el caso de Gary Gilmore. Casi sin perspectiva histórica para narrar la anécdota-sujeto que sustenta la referencia de todo el relato, Mailer desarrolla lineal y fielmente todo un proceso evolutivo de reconstrucción del mundo determinado en el que se dio un acontecimiento real que trastornó, en su momento, los quicios más firmes del colectivo.

El trabajo, ímprobo en los esfuerzos realizados por Mailer en cuanto al acopio y distribución de materiales se refiere, constituye un reto para la novelística de nuestro tiempo. Norman Mailer, suficientemente conocido en

pulsión anímica que terminan por transformar la sorpresa inicial en espectáculo cotidiano.

El mundo de la información vomita diariamente la sintomatología enfermiza de la sociedad. Mailer, a lo largo de esta extensa canción, se limita a dar al lector un amplio conocimiento de las bases de un caso sorprendente en su desarrollo para, simultáneamente, filmar indiscriminadamente todos aquellos pequeños sucesos —internos o externos— que ordenan y rodean al objeto supremo de la narración. No habrá en todo el texto de esta canción impresionante ni un ápice de exégesis moral. Ningún intento de dar loro por guacamayo.



Norman Mailer, a la derecha en la foto.

el mundo entero por su formidable *Los desnudos y los muertos*, ejecuta a la perfección cada uno de los pasos necesarios para establecer un limitado ejercicio combinatorio de investigación (policial y judicial). Capote y Greene sintetizados, Mailer registra lentamente los rincones y las recámaras psicológicas de los personajes reales, principales y secundarios, del caso Gilmore, otorgando a cada uno, en su grado exacto, la representación dentro del texto literario de *La canción del verdugo*. El resultado será un exhaustivo estudio de la soledad y alma humanas, una profunda reflexión sobre determinados aspectos de la realidad contemporánea norteamericana y sobre aquellos mecanismos de

La realidad de los hechos es plana. Incluso aséptica. El narrador permite que los personajes se expresen tal cual lo hacen en su realidad cotidiana (Capote). El estilo literario resultará aparentemente de interés secundario, ajeno a los alardes lingüísticos y literarios de *Los desnudos y los muertos*. La voz que narra constantemente —Mailer omnisciente— lo hace casi sin ruido, de puntillas, como un eco de los hechos. Sólo se siente el autor obligado a escribir exactamente como lo hace un periodista —eso sí, perfecto conocedor de su oficio— que pretende que sus lectores imaginen y aprehendan filmicamente la historia que él mismo ha construido con palabras.

La canción del verdugo es, además, una larga lección de escritura, de oficio, de profesionalidad. Aristas, vértices, lados,

conjunciones, disyunciones, dimensiones todas de una realidad parabólica cuya total geometría ha intentado sintetizar Norman Mailer —consciente de la importancia de su trabajo— en casi 600 páginas apretadas: un ejercicio novelesco de un periodista fuera de lo común que intersaca, de esa misma realidad cotidiana, una parcela demasiado importante como para dejarla escapar a través de la rápida cinta del teletipo. A quienes estiman —en su fatua, ingenua, farisea e insolvente visión de la literatura— que el único modo de estudiar ciertos acontecimientos de ahora mismo es introduciéndolos a través del ojo del mito, la lección de Mailer no les servirá para nada. Para aquellos otros, puristas jóvenes o viejos que aspiran a la ancianidad de una Academia que su falta de talento añora, Norman Mailer no resultará un horizonte cercano, sino simplemente un nombre que manipulan en la sombra de la sobremesa amistosa para incorporarlo, sui generis, a la categoría de su propio conocimiento. Me temo que para todos éstos, en su fuero interno, Mailer no es un escritor, sino un nombre famoso al que citan sin apenas leer las solapas de sus libros.

La gran lección del escritor Norman Mailer es, a mi modo de ver, precisamente construir un producto literario híbrido, mezcla de información y conocimiento literario, plétórico de facultades intelectuales. Porque, ciertamente, *La canción del verdugo* es un intento importante de novela total en la que están envueltos los distintos niveles y lecturas de la realidad. En este sentido, Mailer hace época con *La canción del verdugo*. Y dentro del meollo del largo relato fluctúan los inagotables recursos de un inmenso escritor, conocedor de todos los procedimientos narrativos, que no tiene ningún empacho en diseccionar su propia sociedad inmediata o simultánea, corriendo un riesgo perentorio en estos casos: que los puristas sin talento, que tanto pululan en las medianías de la literatura, consideren la inmensidad de su obra como un simple lago periodístico, anclado en el mundo de la información y en otras eventualidades parecidas. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

(1) *La canción del verdugo*, de Norman Mailer. Argos-Vergara. Barcelona, 1980. 572 páginas.